# LA FORMACIÓN PERMANENTE DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES Y DE LOS SACERDOTES. UNA EXPERIENCIA EN LOS ANDES

ENRIQUE PÉLACH I FELIU

La llamada divina al sacerdocio puede insinuarse en la niñez y en la adolescencia y de hecho somos muchos los que la barruntamos en temprana edad. A cada uno Dios puede manifestar su plan eterno cuando le plazca.

Desde ese primer momento es conveniente comenzar una formación cara al sacerdocio, que será progresiva y ya no debe terminar nunca. Muchas veces serán los padres, maestros y confesores los que tendrán la responsabilidad de iniciar el llamado hacia la entrega total que exige el sacerdocio[1].

El amor a la Iglesia y al mundo, que tienen necesidad de sacerdocio, exige una dedicación adecuada al fomento de las vocaciones. Las vocaciones hay que buscarlas, detectar sus primeros síntomas para acogerlas, orientarlas y seleccionarlas cuidadosamente. No podemos olvidar la necesidad de la oración, el ofrecimiento y la ayuda personal para cada vocación.

## I. SEMINARIO MENOR

El trato apostólico con niños y adolescentes hace descubrir en alguno de ellos una inclinación, un impulso, un deseo que bien pueden ser manifestación del designio eterno de Dios que llama al sacerdocio. Una posible vocación sacerdotal. Muy sabia y acertada-

1. Cfr. CONC. VATICANO II, Decreto *«Optatam totius»* sobre la formación sacerdotal, n. 2.

mente la Iglesia instituyó estructuras diversas como preseminarios, seminarios menores, preceptorías parroquiales, etc., para cultivar estas posibles vocaciones. Tengo para mí que no ha favorecido el fomento de verdaderas vocaciones sacerdotales el hecho de haberse cerrado bastantes seminarios menores. No es verdad que no puedan adaptarse a las actuales circunstancias de nuestro mundo.

Existen varias formas de Seminarios menores según las circunstancias lo aconsejen, por ejemplo: colegios de la Iglesia con atención especial a las vocaciones, Seminarios menores con régimen de internado y clases de enseñanza media en el mismo Seminario o bien clases en los colegios de la localidad, pero internado para vivir un horario de estudio y de formación humana y espiritual, dentro de un ambiente de muchachos normales, pero con un gran ideal que exige una entrega progresiva a Dios y al prójimo.

Hemos hablado de selección cuidadosa. Los años del Seminario menor dan buena oportunidad para hacerla.

Los Seminarios menores, bien orientados, prestan un invalorable servicio para poder seguir la progresiva formación humana, espiritual y cultural de las vocaciones[2]. Sabemos que son muchas las ocasiones de desviación, que salen al paso de las vocaciones, en la adolescencia y primera juventud. El Seminario menor acompañará a los elegidos, los fortalecerá en sus luchas y les proporcionará medios eficaces para crecer en la entrega e ideal sacerdotal[3].

Permítanme decirles que en mi diócesis el 84% de los actuales alumnos del Seminario mayor y de los sacerdotes ordenados en los últimos quince años, provienen del Seminario menor. Pienso que es un dato interesante.

## II. SEMINARIO MAYOR

Con una especial predilección la Iglesia ha dado las normas pertinentes para que los Seminarios mayores puedan formar sacerdotes doctos y santos. Nada hay que inventar. Más bien se trata

2. Cfr. CONGR. PRO INSTITUT. CATH., *Ratio Fundamentalis Institutionis sacerdotalis*, n. 11 (Romae, 1985).
3. Cfr. *Ibidem*, nn. 13-14.

de ser fieles a las normas que dimanan de la Santa Sede, aplicarlas correctamente en cada circunstancia, aun en las más especiales.

El Obispo, que tendrá el Seminario como el verdadero «corazón de la diócesis» —si no, ¿de dónde sacaría la nueva sangre arterial que necesita para la vida sacramental de su rebaño?— elegirá el mejor equipo posible de formadores y profesores, con ciencia y virtud y demás dotes personales que les hagan eficaces formadores de los futuros sacerdotes[4]. Confiado en la Providencia Divina, que quiere sacerdotes para continuar la misión redentora, santificadora y salvadora de Jesucristo, no escatimará medios ni dedicación, para que su Seminario forme esos sacerdotes doctos y santos que necesitan el mundo de hoy[5].

El Seminario tiene que ayudar al seminarista año tras año a adquirir una vida de piedad personal y litúrgica bien equilibradas, una formación intelectual adecuada y en perfecto acuerdo con el magisterio de la Iglesia y una formación pastoral, teórica y práctica, bien orientada y dirigida, que le permita adquirir un conocimiento de la realidad y realizar un eficaz aprendizaje de lo que será su futuro trabajo ministerial.

Parte fundamental de la labor del Seminario es inculcar a los seminaristas un amor muy grande a la Iglesia y al Papa, junto al afecto y veneración que deben a su Obispo, además de docilidad y obediencia.

En esta labor, es esencial la participación constante y cercana de los formadores y directores espirituales, en perfecta unidad entre ellos y con el rector y, por supuesto, con el obispo.

«La educación completa de los alumnos —como dice el decreto conciliar *Optatam totius*— debe tender a hacer de ellos verdaderos pastores de almas, a ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, maestro, sacerdote y pastor»[6].

---

4. Cfr. *Ibidem*, nn. 27-38.

5. «En el plan divino la transmisión del Evangelio vivificante de Cristo está ligada a la preparación de los sacerdotes de esta generación. El lograr esta adecuada formación en el Seminario es una de vuestras mayores responsabilidades como obispos de la Iglesia de Dios; ésta puede ser una de vuestras contribuciones más efectivas a la evangelización del mundo» (JUAN PABLO II, *A la conferencia episcopal de Kenya*, 7 mayo 1980).

6. CONC. VATICANO II, *Optatam totius*, n. 4.

Para un ideal tan grande y elevado, que tiene que desembocar en la gloria de Dios, bien de las almas y santificación personal del mismo sacerdote, es del todo conveniente procurar la participación efectiva de toda la comunidad eclesial, en los variados aspectos de oración, ofrecimientos y ayudas materiales. Si esta comunidad de fieles tiene interés, confianza y cariño por el Seminario, estará preparada para dar generosamente hijos suyos al sacerdocio[7].

## III. FORMACIÓN PERMANENTE DEL SACERDOTE

En principio todos admitimos que la formación de los sacerdotes no termina con la ordenación sacerdotal[8]. Los obispos y los presbíteros debemos procurar que realmente exista una formación permanente para todos los sacerdotes. Esta es una especial preocupación por parte del magisterio pontificio[9], y debe serlo también por parte del obispo y de quienes le ayudan en el gobierno de la diócesis. Son múltiples las formas que pueden adoptarse para conseguirlo, aparte de la autoformación[10]. Lo importante será, según las circunstancias, asegurar una formación permanente del sacerdote en los diversos aspectos que le atañen.

1. — Será conveniente que al comienzo de la vida ministerial el sacerdote joven esté al lado de un sacerdote experimentado que le oriente y ayude.

2. — Buena experiencia ha dado en muchas partes de Latinoamérica, reunir a los sacerdotes en pequeñas comunidades parroquiales —de a dos, de a tres o de más— en las que, siendo cada uno responsable de su parroquia o ministerio, viven en familia, se acompañan y se ayudan fraternalmente. Es, por ejemplo, el caso de mi diócesis.

---

7. Cfr. S. CONGR. PRO INSTITUT. CATH., *Ratio Fundamentalis*, n. 8.
8. Cfr. S. CONGR. PRO CLERO, *Carta circular del 4 noviembre 1969*, AAS 62, 1970, pp. 122ss.
9. Cfr. JUAN PABLO II, Carta *Novo incipiente*, 10; *A los Institutos de Educación Católica de Roma*, 3 abril 1979; *Discurso a los párrocos y clero secular y regular de Roma*, 2 marzo 1979; también, S. CONGR. PRO INSTITUT CATH., *o.c.*, n. 100.
10. Diversas propuestas *Ibidem*, n. 101.

3. — Un modo de formación permanente puede ser el de las reuniones diocesanas o por zonas o vicarías con el fin de tener retiro mensual y atención espiritual personal, estudio doctrinal y convivencia fraterna con los demás sacerdotes.

4. — Otra modalidad es dedicar una o dos semanas, en época de vacaciones a un cursillo de formación permanente, en el seminario donde han estudiado, con un programa que incluya: estudio de cuestiones doctrinales y del magisterio, renovación espiritual, deporte, y vivencia fraterna con cambio de experiencias. Conviene la participación de los diáconos, para que vayan incorporándose al presbiterio de la diócesis. Suele ser un magnífico descanso, que también necesita el sacerdote.

5. — Asimismo, durante el verano, existe la posibilidad, —pienso que en casi todo el mundo— de asistir a cursos y cursillos especializados; de convivencias sacerdotales con un plan de descanso, piedad y estudio, como también a las llamadas semanas de «reciclaje» sacerdotal.

Importante será que en cualquiera de las modalidades, el sacerdote encuentre una ayuda eficaz para vivir a cabalidad su entrega al sacerdocio.

Puede haber algún sacerdote que no acepte ninguna de estas oportunidades de formación sacerdotal permanente. Que no falte un sacerdote que, con fino amor fraterno, se acerque y dedique a él, para ayudarle. Sin duda lo necesita.

Hemos apuntado que la formación sacerdotal no termina, no debe terminar con la ordenación sacerdotal. Entiendo que esto tiene especial importancia en cuanto a la atención humana y espiritual que necesita especialmente el sacerdote joven. Es equivocado creer que, por su edad y madurez, puede valerse por sí mismo. En la práctica, con demasiada frecuencia, el resultado es malo y a veces pésimo. Todos —sin límites de edad— necesitamos ayuda, calor humano y dirección espiritual. No es ninguna novedad que el camino hacia la santidad personal es arduo; ni tampoco lo es, que un buen servicio sacerdotal al prójimo está lleno de escollos y peligros. Dice el refrán que «quien hace la guerra por su cuenta, pierde batallas». La Iglesia y el mundo necesitan que el sacerdote no pierda batallas. Le necesitan docto y santo; eficaz en su ministerio.

Deben tener esto en cuenta los mismos sacerdotes y quienes de alguna manera son «guardianes» de sus hermanos. No es lógico ni cristiano desentendernos de ellos, porque ya son sacerdotes. Precisamente porque lo son debemos dar sentido práctico a la fraternidad sacerdotal. Dice Jesús: «Esto os mando: que os améis unos a otros» (Io 15, 17). Este amor debe estar alerta a la necesidad que pueda tener el sacerdote y a su alma sacerdotal.

## IV. Una experiencia en los Andes

Cuanto he expuesto, es fruto de mi experiencia especialmente en mi diócesis. Mi diócesis es Abancay que está en la cordillera de los Andes del Perú[11].

Allí tengo para ayudarme y ayudarles un puñado de sacerdotes —exactamente 29—, once pequeñas comunidades misioneras y dos monasterios de monjas; 400 catequistas rurales y la excelente ayuda de un obispo auxiliar. Todos, sin excepción, tienen gran interés por las vocaciones sacerdotales y ayudan eficazmente; por esto están llenos los dos Seminarios, el menor con 90 alumnos y el mayor con 65, en los cuales —sin prisa y sin pausa— se les va formando.

Durante el verano se interrumpen un mes las vacaciones para tener un cursillo en el Seminario. En el resto de vacaciones ayudan a los sacerdotes y hacen práctica pastoral en sus parroquias.

En el Perú, el verano coincide con la Cuaresma, y los seminaristas acompañan a los sacerdotes en las correrías misioneras por los pueblos, sacando de ello muy buena experiencia.

Para todos los sacerdotes está organizada la formación permanente en las diversas modalidades expuestas:

1. — Se dedica mensualmente un día completo para estar juntos y tener: retiro espiritual por la mañana, y por la tarde, reu-

11. La diócesis de Abancay comprende un territorio de 13.000 Km$^2$. Todo lleno de cerros de 4.000 y 5.000 mts. de altitud, y quebradas profundas entre vertientes casi verticales. Nada es plano, ni el aeropuerto. Tiene solamente 300.000 habitantes, pero muy dispersos en pueblos muy pequeños difíciles de atender, porque las vías de comunicación son caminos de mula, carreteras de tierra y un total de sólo 11 Kms. de asfalto.

nión de pastoral y estudio de algún tema doctrinal. Todos los documentos pontificios de cierto relieve se estudian en estas reuniones. Es interesante encontrarnos para meditar y rezar juntos; también para planificar juntos la labor parroquial y diocesana, y estar al día en temas doctrinales y orientaciones del magisterio; pero no lo es menos, el encontrarnos, ayudarnos y querernos.

Téngase en cuenta que algunas parroquias distan de la ciudad de Abancay, donde nos reunimos, de 150 a 260 Kms., y los sacerdotes necesitan muchas horas para trasladarse por estos difíciles caminos. No obstante, asisten por el bien que les hace.

2. — Para tener mayor contacto con los sacerdotes, uno de los dos obispos tenemos frecuentes visitas a las parroquias, por los mismos caminos que ellos.

3. — Anualmente tenemos un cursillo de formación permanente, a principios de agosto, durante las vacaciones de medio año. Especialmente es para los sacerdotes jóvenes y los diáconos; asisten también los no tan jóvenes y, además, de diversas diócesis vecinas.

4. — Ciertamente cada año se organiza el curso de Retiro Espiritual, y se da oportunidad para participar en alguna convivencia de descanso, estudio y piedad, incluso fuera del territorio diocesano.

5. — Como proyectos a realizar este año están: poner en marcha un convictorio para los sacerdotes que vienen a la ciudad o que están de paso, sean de ésta o de otras diócesis, para que encuentren un ambiente sacerdotal acogedor; y estimular, por otra parte, el estudio de temas doctrinales en las residencias parroquiales por medio de indicaciones y sugerencias escritas, a cargo de los profesores del seminario.

Esta es sencillamente la experiencia de una diócesis nada fácil, Abancay, en los Andes del Perú.